En nombre de la tierra. Invocación a mi cuerpo

VERGÍLIO FERREIRA

El Acantilado, Barcelona, 288 y 408 págs.

Trad. de Isabel Soler y Neus Baltrons

En términos absolutos

Jordi Cerdà
1 abril, 2004

Ya en su día, el *maître à penser* portugués, Eduardo Lourenço, señaló que la *forma mentis* del país luso se reflejaba en una creación literaria repleta de monólogos, como si no hubiera interlocutor posible; una característica que se haría evidente en la carencia secular de una tradición continua en materia teatral y novelesca. Lourenço lanzó esta hipótesis en el año 1977, lejos todavía de los éxitos internacionales de la narrativa de Saramago o Lobo Antunes, desde el convencimiento de que Portugal era, por encima de todo, un país de poetas. La novela que nos ocupa -*En nombre de la tierra* (1990) de Vergílio Ferreira (1916-1996)- podría ser una muestra de esta consideración tanto por lo

que respecta a la utilización del monólogo como a la innegable ambición lírica de su prosa. El personaje principal, João, un anciano mutilado encerrado en una residencia, se dirige a través de una formulación epistolar a su mujer fallecida. El discurso narrativo es una continua evocación del pasado y cómo éste discurre en la mente del protagonista con sus particulares y sinuosos lances. La novela centra su atención en la memoria, escenario privilegiado de la mayor parte de la narrativa de Ferreira. Así pues, el asunto se aventura en los recuerdos de João, de íntimos y cotidianos gestos, pero también va constituyendo un palimpsesto de gran densidad, entretejido de poesía, filosofía o teología. En Vergílio Ferreira memoria y relato conforman una unidad que en el caso de *En nombre de la tierra* va urdiendo la interioridad del personaje principal, quien siente la necesidad de crear a su mujer a través de la palabra, de suscitarla, de resucitarla: «Dios creó el mundo con palabras. Voy a crearte hasta la muerte» (pág. 114). En esta novela de Vergílio Ferreira, el monólogo va ocupando y haciéndose fuerte en un cuerpo mutilado, envejecido, en donde esta voz narrativa se ajusta magistralmente. El cuerpo fue una de las preocupaciones de Ferreira ensayista, autor de *Invocación a mi cuerpo* y en donde en los capítulos «Oda a mi cuerpo» y en «La subjetividad del cuerpo», desgrana algunas de las premisas de João, el personaje de *En nombre de la tierra*. La indivisibilidad del cuerpo y del ser forma parte de todo el avatar narrativo que emerge como motor discursivo. Este cuerpo a veces bello, otras miserable, rutilante y deificado en la juventud, miserable y abyecto en la vejez, se convierte en claustro y receptáculo del monólogo, que va agotándose, fundiéndose, hasta la desaparición. Este diálogo sin interlocutor posible retumba en la oquedad del cuerpo (y del ser). Y es desde esta situación, desde la incertidumbre del ser, donde emerge el milagro de la palabra: este cuerpo decrepito capaz de dar testimonio de un amor profundo y auténtico, en el decir de Lluís Duch, de «apalabrar la realidad». Como hemos advertido, el palimpsesto otorga a los recuerdos de João una trabazón cultural importante. El soneto de Antero de Quental *Na Mão de Deus* resuena en diversos pasajes de la novela y, a su vez, este poema incorpora el famoso pasaje de las *Confesiones* de Agustín de Hipona: «Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». El agustinismo, tanto por lo que respeta al tono de historia interior, irregular y fragmentaria, como por la espléndida meditación sobre el tiempo está latente en esta novela e incluso aseguraríamos que en toda la obra de Vergílio Ferreira.

Ferreira entró tarde en el panorama narrativo portugués, trazando una trayectoria muy particular y hasta retraída del resto de escritores de su generación. Sus inicios están en el movimiento neorrealista portugués, un movimiento de contornos imprecisos, pero su presencia ha sido poderosa: desde la segunda mitad del siglo XX llega hasta nuestros días; véase, como ejemplo más conspicuo, José Saramago. Está claro que un movimiento de tan largo recorrido ha ido transformándose tanto en lo meramente estético como en lo que ciertamente constituía su cimiento, lo ideológico. Carlos de Oliveira, tal vez el poeta y narrador más original del neorrealismo portugués, es leído por la joven crítica actual como también el primer posmoderno. Ferreira, que nunca abandonará su preocupación por la dimensión social del hombre, ahondará más en la dimensión psicológica y está considerado como uno de los principales mentores del existencialismo en Portugal. Sus traducciones al portugués de Jean-Paul Sartre así lo ratifican, como también el hecho de tratar de acomodar el modelo del *nouveau roman* en su país. Es innegable el peso del existencialismo francés en la obra de Ferreira pero, yendo más atrás, habría que advertir que el movimiento *Presencista* (la llamada segunda vanguardia portuguesa) profundizó en la dimensión psicológica tanto de la voz poética como narrativa, a un paso de los modelos que luego fluirán de Francia. Incluso podemos apuntar que uno

de los libros de cabecera de esta generación, y que sin duda marcará una manera de ver el existencialismo ibérico, será el *Sentimiento trágico de la vida* de Miguel de Unamuno. Ese carácter trágico de la existencia, antes de los enunciados sartrianos, hicieron mella en escritores portugueses, como Régio, Simões, Casais Monteiro o Miguel Torga (pseudónimo de Adolfo Rocha, quien escogió el nombre de Miguel en homenaje al escritor español).

Hacemos esta consideración previa porque el protagonista de la novela de *En nombre de la tierra*, João, establece un fecundo diálogo con una imagen de un Cristo yacente que guarda en su habitación de la residencia. Lejos de cavilaciones más o menos trascendentes, la corporeidad sufriente de Cristo es vista como confidente privilegiado de este personaje consciente de su decrepitud física. No estaría de más recordar algunos pasajes que Unamuno le dedica al Cristo de Velázquez y que creemos que subyacen en la voz narrativa del personaje de Ferreira, como un palimpsesto más. Este existencialismo trágico tiene en la corporeidad su máxima expresión, tanto para lo decrepito como también para lo sublime. Esta paradoja va ganando expresividad a lo largo de la novela, hasta el punto de que la voz del protagonista es asimilada a la de Cristo. Asimismo, el lector encontrará unas interesantes reflexiones sobre la Guerra Civil española, una guerra que, para un portugués, nunca fue vivida desde la alteridad; recordemos, aunque sólo sea de paso, la presencia de este conflicto en la obra de Jorge de Sena, Miguel Torga o José Saramago.

No podemos desaprovechar la oportunidad para constatar la tenacidad y valentía de las traductoras y del editor de esta novela de Vergílio Ferreira. Su traducción no va acompañada por ninguna conmemoración ni estrategia editorial, sino que va de la mano de la convicción de la siempre oportuna calidad. No es una novela fácil, como tampoco lo es su pretensión. Ferreira no es escritor –ni en Portugal– del gusto del llamado lector medio. Con todo, es indiscutible que su aventura narrativa lo sitúa entre los grandes escritores que exploraron durante el siglo XX los pliegues más íntimos de la psicología humana y que sus personajes afrontaron con rotundidad y verosimilitud las grandes cuestiones de orden existencial. Es por ello que la traducción de Ferreira al español pone fin a un inexplicable silencio de una de las voces narrativas más importantes de nuestro país vecino. Una obra que constituye una pieza básica en el catálogo, siempre maltrecho y tangencial, de la literatura portuguesa traducida al español.